

En un lugar más hondo

Arturo Gutiérrez Plaza

En alguna parte Gabriel García Márquez ha recordado sus primeros recuerdos de un nombre que luego llegaría a ser un lugar singular y real en sus afectos, pero que antes fuera la ciudad irreal donde transcurrieran las historias de los grandes cuentos de la literatura infantil, “desde Blanca Nieves hasta Gulliver”, contados por una hermosa e inteligente señora llamada Juana de Freites, venida de una nación vecina y quien pobló de fantasmas los años de su niñez. Ese sitio elegido para las ensoñaciones se llamaba Caracas. Cuenta el narrador colombiano que la Aracataca de la época era un refugio de venezolanos “fugitivos del infierno de Juan Vicente Gómez”. Desde la vivencia del exilio fueron ellos quienes inculcaron en el joven costeño, asociadas a aquel lugar, tanto las visiones de la ignominia dictatorial y la persecución política como la nostalgia por el paraíso perdido. La primera frase que dice recordar, alusiva a aquella ciudad, provenía de Simón Bolívar, quien la calificaba de “infeliz”. Adjetivo que no puede ser más preciso si consideramos que la ciudad natal de Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Andrés Bello y Simón Rodríguez fue la primera y más cruenta víctima de la violencia generada por el proceso de emancipación americano. Todos ellos, caraqueños muertos en el exilio, fueron también hijos de las circunstancias políticas ganados al final de sus vidas por la nostalgia del terruño. En 15 años, desde 1810 hasta 1825, Venezuela perdió la tercera parte de su población y Caracas más de la mitad, al pasar de casi 50.000 habitantes a algo más de 20.000. La guerra y el terremoto de 1812 fueron los principales causantes de la tragedia que supuso además la casi extinción de la élite criolla, de la cual formaba parte Bolívar; fenómeno que no ocurrió en ningún otro país latinoamericano y que se constata al observar la diferencia de los apellidos entre aquellos que refrendaron el acta de proclamación de la Independencia y aquellos que firmaron el acta de separación de Colombia en 1830. Hoy, cuando se ofician las conmemoraciones bicentenarias del inicio de aquel proceso, pareciera que esa mirada exiliada y nostálgica que García Márquez supo descifrar en los ojos que recorrían los cuentos que le leía y recreaba doña Juana de Freites sigue vigente en varios escritores y artistas de la Venezuela contemporánea.

Esa ha sido, en parte, la premisa que ha dado lugar a la muestra que a continuación ofrecemos. Seis autores venezolanos de varias generaciones y cultores de diferentes géneros (poesía, narrativa, ensayo y fotografía) parecieran dejar evidencias en sus textos e imágenes de una herida, de una desgarradura que sin hacer necesaria alusión a un lugar determinado, cicatriza en una mirada desarraigada, exiliada, extrañada, en busca de una geografía afectiva que no encuentra refugio en los mapas ni en la realidad. ¿No es acaso ésa la mirada con la que Juan Antonio Pérez Bonalde —autor de un poema icónico de la venezolanidad, “Vuelta a la patria”, y también víctima del exilio político durante el régimen de Antonio Guzmán Blanco en el último tercio del siglo XIX— escudriña su relación emocional con la patria, al decir en un verso “país de tanta luz y tanto absurdo”? País que, por otra parte, a lo largo del siglo XX sufrió radicales transformaciones en todos los órdenes de su existencia, principalmente a causa del descubrimiento y explotación de su riqueza petrolera. Factor que promovió el desarrollo de grandes infraestructuras, rascacielos y autopistas, pero, al mismo tiempo, acentuó los contrastes entre la opulencia y los inmensos cinturones de miseria; convirtiéndolo, además, en privilegiado receptáculo migratorio, tanto de la Europa diezmada por las guerras como de la propia América Latina afligida por diversas circunstancias políticas y económicas. De ese contacto con el otro expulsado de su propio suelo y acogido en el ajeno que terminará por ser el suyo también, surgirá a la vez la comprensión y aceptación del exilio como una forma, quizás inevitable, de estar en el mundo. Pues la verdadera pregunta que recorre estos textos y fotografías, lejos de reducirse al gesto chauvinista o a la coyuntura social y política actual, indaga en la posibilidad de encontrar la patria en un lugar más hondo, en la cotidiana confrontación con lo humano, con el yo y el otro, en los distintos espacios que habitamos en el acaecer de estos tiempos. Tal vez, ciertamente, de penuria y sin dioses, pero a pesar de todo los únicos nuestros. ■

Arturo Gutiérrez Plaza (Venezuela)

Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Al margen de las hojas* (Caracas: Monte Ávila, 1991), *Principios de contabilidad* (México: Conaculta, 2000) y *Pasado en limpio* (Caracas: Equinoccio, bid&co, 2006); además de diversos volúmenes de ensayos, crítica literaria y antologías. Ha obtenido, entre otros: el Premio de Poesía de la III Bienal Mariano Picón Salas, en 1995; el Premio Hispanoamericano de Poesía Sor Juana Inés de la Cruz, en 1999 y el IX Premio Transgénico de la Fundación para la Cultura Urbana, en 2009. Fue becario del Programa Internacional de Escritores de la Universidad de Iowa, Estados Unidos, en 1997. Entre 1995 y 2000 se desempeñó como director general del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Actualmente es profesor del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar.